

José en su lecho de muerte

Pastor A. Moerkerken

“El siguiente sermón es una versión abreviada del original y ha sido editado por el misionero Christian Bredeweg con el fin de utilizarlo en la Iglesia Reformada de Tarija”

29:1,2

73:6

Génesis 50

La Ley – 431:4

241:1,5,7

55:2,3

183:1,2

Doxología

Querida congregación,

Nuestro texto es de Hebreos 11:22:

‘Por la fe José, al morir, hizo mención del éxodo de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos’.

Nuestro tema es: **‘José en su lecho de muerte’**. Observemos cómo yace José:

- 1) Lleno de Amor.
- 2) Hablando a través de la fe.
- 3) Testificando de la esperanza.

PRIMER PENSAMIENTO

‘Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor’. Estas son las conocidas palabras del apóstol Pablo. Al reflexionar sobre el lecho de muerte de José, encontramos en él fe, esperanza y amor. Hemos tomado el texto de Hebreos 11, el capítulo conocido como la ‘galería de los héroes de la fe’. En este capítulo, el apóstol muestra que *‘la fe es la sustancia de lo que se espera, la*

demostración de lo que no se ve'. Presenta varios ejemplos del Antiguo Testamento. De estos ejemplos, por lo general menciona solo un evento en el que el poder de la fe se manifiesta claramente. Es bastante notable tanto la elección de las personas que hace el apóstol, como los eventos de sus vidas que menciona. ¿Habríamos elegido, por ejemplo, a Abel, a Rahab o a Jefté? ¿Y habríamos elegido, por dar solo un ejemplo, de la vida de Jacob precisamente ese momento en que ya era muy viejo y ciego? Podríamos haber elegido los eventos de Betel o Peniel. Él dice - *'Por la fe Jacob, muriéndose, bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apoyándose sobre el extremo de su vara'*. (v. 21). Quizás no hubiéramos elegido este evento si se nos hubiera permitido seleccionar algo de la larga y agitada vida de Jacob en la que se reveló el poder de la fe. Pero el apóstol no se equivoca. Tampoco se equivoca en el texto que ahora estamos analizando. Si hubiéramos podido examinar el libro de Génesis y se nos hubiera permitido elegir algo como ejemplo de fe de la vida de José, entonces seguramente no hubiéramos elegido estos versículos. El libro de Génesis termina con las palabras - *'y fue puesto en un ataúd en Egipto'*. ¡Qué pensamiento tan profundo!

Quizás hubiéramos preferido elegir el tiempo que pasó en la casa de Potifar como ejemplo de fe en la vida de José; tal vez incluso los años en la cárcel. Quizás las primeras palabras que le dirigió al Faraón cuando se presentó ante él - *'No yo, sino Dios'*. Como ejemplo de fe, podríamos haber elegido esos trece años de encarcelamiento mencionados en el Salmo 105:19 - *'Hasta la hora que llegó su palabra, el dicho de Jehová lo probó'*. O los nombres que José le dio a sus hijos. *'Manasés, porque dijo: Dios me hizo olvidar todo mi trabajo y toda la casa de mi padre. Efraín, porque dijo: Dios me hizo fructificar en la tierra de mi aflicción'*. Génesis 41:51-52. Pero el apóstol pasa por alto todas estas cosas y va directamente al lecho de muerte de José. Si tuviera que elegir un evento de la larga vida de José en el que se revelara el poder de la fe, señalaría a ese hombre moribundo, de ciento diez años.

'Por la fe José, al morir, hizo mención del éxodo de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos'. El apóstol quiere decir: ¡eso es fe! En su lecho de muerte, José ejerció su fe de la manera más gloriosa. Detengámonos un

momento en nuestros pensamientos ante ese lecho de muerte. Allí yace el segundo hombre más poderoso del mundo entonces habitado, Zafnat-Paaneah. El color de la muerte ya se ha extendido por su rostro. Y ahora, en el lecho de muerte de José, esa fe santísima se vuelve a manifestarse una vez más. La fe que Dios había obrado en su corazón desde su infancia. Esa fe que lo unió a Cristo. Esa fe de la que el mismo apóstol también dice en este mismo capítulo que sin fe es imposible agradar a Dios. ¡Es, sin duda, un lecho de muerte extraordinario! En primer lugar, si prestamos atención a quiénes están junto a ese lecho de muerte. No hay ni un solo egipcio allí. Ni siquiera leo que la esposa de José estuviera presente. Solo leo que, cuando José está a punto de morir, llama a sus hermanos. Ahí vienen. ¿Estaban todos aún con vida? No lo sabemos, pero seguramente algunos aún debían de estar vivos. También pudo haber hijos de sus hermanos junto a su lecho de muerte. ¡Ahí están, esos hermanos! José fue el instrumento en sus vidas que los llevó a convertirse a Dios. El Señor usó a José para que se postraran a Sus pies, reconociendo su culpa. Pero Dios también usó a José para mantenerlos con vida y llevar sus almas a la luz.

Ahora José debe recordar lo que sucedió hace cincuenta y cuatro años, cuando regresaron del funeral de Jacob. Entonces ocurrió algo que conmovió profundamente a José. Un mensajero se le acercó en nombre de sus hermanos. A través de ese mensajero, los hermanos le dijeron a José que su anciano padre, Jacob, había dicho, justo antes de morir, que debían ir a José y pedirle perdón por el pecado que habían cometido contra él a lo largo de sus vidas. Los terribles sucesos cerca de Dotán habían ocurrido casi cuarenta años antes. Rompió a llorar. ¿Por qué lloraba José? Porque le dolía profundamente que sus hermanos le enviaran ahora esta petición. Después de todo, él les había perdonado tan claramente sus pecados cuando los besó, y se les había revelado. Cuando lloraron sobre su cuello, después de haber hablado con él. ¿Y ahora, aún había sospecha y duda en sus corazones sobre si José realmente los había perdonado? Por eso llora José. No dice nada. El mensajero se va y les dice a los hermanos que José está llorando. José ha llorado mucho en su vida. Lloró en el pozo cuando lo vendieron, en la casa de Potifar y en la cárcel. Lloró cuando vio por primera vez a sus hermanos. Lloró cuando escuchó su confesión de culpa; lloró cuando se les reveló. Lloró

cuando murió su padre. Y ahora llora de nuevo. Pero ahora son lágrimas de tristeza, porque se está dudando de su bondad.

Y he aquí que llegan sus propios hermanos. Se postran ante él. ¡Dicen que quieren ser sus siervos! Al ver a sus hermanos postrados así, les dice, *“No temáis, ¿acaso estoy yo en lugar de Dios?”* Génesis 50:19. Les recuerda una vez más la providencia omnisciente de Dios. *‘Vosotros pensasteis mal contra mí, pero Dios lo pensó para bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener con vida a mucho pueblo’*. Así los consoló y les habló al corazón. Hace cincuenta y cuatro años, José les habló al corazón. Desde entonces, los hermanos no habían vuelto a mencionar el tema, ni tampoco José. Cuánto debe haberle dolido, habiendo enjugado tan claramente las lágrimas de sus ojos y perdonado su culpa. La barrera entre él y sus almas se había derrumbado, y ahora dudaban de su sinceridad. Aquí vemos a José como un tipo de Cristo. Cuánto debe entristecer al Señor, humanamente hablando, ver todas esas dudas en Su pueblo. Oh, sin duda, nunca olvidarán cómo se reveló a sus almas. Cómo los besó con los besos de Su boca. Pero luego, después de años, esa maldita incredulidad, esa duda, a veces puede resurgir. ¿Era realmente cierto? Qué privilegio es estar libre de tal duda. Era tan evidente que sus culpas estaban perdonadas, y sin embargo seguían volviendo al tema. ¡Qué dolor le causaron a José con eso! Pero ahora, en su lecho de muerte, está lleno de amor por sus hermanos. ¡No hay nada entre ellos! Es un privilegio cuando no hay rencores sin resolver en el lecho de muerte. Sin embargo, lo más grandioso es cuando no hay nada entre Dios y nuestra alma. ¡Ay, emprender ese viaje hacia la eternidad con rencores sin resolver! José puede yacer en su lecho de muerte, lleno de amor.

SEGUNDO PENSAMIENTO

‘Por la fe José, al morir, hizo mención del éxodo de los hijos de Israel’. ¡Por la fe! ¿Lo escuchan? No solo hay amor en el corazón de José, sino también fe. A Pablo se le permitió decir en la cárcel que había peleado la buena batalla, que había terminado la carrera y que había guardado la fe. ¡Qué milagro que José haya guardado la fe, aquí en su lecho de muerte! ¿Por qué un milagro? En primer lugar: fue un milagro que se le permitiera guardar la fe durante esos trece años de esclavitud y encarcelamiento, de tribulación y adversidad. Pero es un milagro mucho mayor que se le permitiera guardar la fe durante esos ochenta años en los que sirvió como

virrey en la casa real, en medio de la riqueza, la opulencia y el impresionante esplendor de la corte egipcia. Allí estaba rodeado de gente que se arrodillaba ante él, que obedecía cada una de sus palabras. Es un privilegio para una persona pobre poder mantener la fe, ¡pero es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de los Cielos! Sin embargo, aquí sucedió. *‘Por la fe José, al morir, hizo mención...’*.

En segundo lugar, es un verdadero milagro y un privilegio poseer una fe que permanece incluso en el lecho de muerte. Una fe que demuestra estar purificada y probada. Una fe que no solo es poderosa en la vida, sino que tampoco nos abandona ni siquiera en nuestra última hora. Para muchos, es diferente. Tienen una fe para toda la vida. Hablan mucho en la vida, dan mucho testimonio, se jactan mucho, pero cuando se acerca la muerte, descubren que, como las vírgenes insensatas, no tienen aceite en sus lámparas. Ay, siempre deberíamos preguntarnos si podemos poner la muerte al lado de lo que tenemos espiritualmente en nuestras vidas. ¿Alguna vez lo hacemos? ¿Alguna vez colocamos la muerte junto a nuestro fundamento, sobre el cual descansamos por toda la eternidad? ¿Nuestros fundamentos con los que a veces vamos a la Santa Cena? ¡Solo pon la muerte al lado de eso! Entonces todo puede volverse tan diferente. A veces, una persona ya siente esto cuando experimenta un pequeño dolor en el pecho. Entonces ya siente que toda su charla religiosa no tiene ningún valor en la balanza del juicio de Dios. Quizás hayas participado en la Santa Cena porque un salterio te conmovió o porque te vino un texto a la mente. O porque amabas tanto la Palabra de Dios y creías que amabas al Señor Jesús. ¡Ay, compáralo con la muerte! En serio, ¡debes ser capaz de morir con ella! Morir solo es posible a través de la fe. Esa fe que, como dice el Domingo 7, nos incorpora a Cristo y nos une a Él. Esa fe que es precedida por el milagro divino de *la regeneración*. Te pido que, no te enojés si durante la predicación pierdes tu supuesta conversión. Lo entiendo perfectamente, pero considera que es mejor empezar de nuevo mil veces en esta vida que perecer al final.

José tal vez tenga una fe con la que pueda morir. *‘Por la fe José, al morir, hizo mención...’*. ¿Escuchan eso? *‘Hizo mención’*. No solo dice que habló, sino que hizo mención. Hacer mención es un acto que se realiza sin vacilación, ni duda alguna,

sino con gran certeza. Por eso, en su lecho de muerte, se le concedió otro milagro más: a saber, que se le permitió hablar. No todos recibimos eso, ni siquiera todos los hijos de Dios. En primer lugar, de ninguna manera todos llegamos a tener un lecho de muerte. Cuántas personas mueren repentinamente, por ejemplo: en su trabajo. Incluso si los hijos de Dios sí llegan a tener un lecho de muerte, a algunos se les concede uno tranquilo, pero también hay muchos que parten en medio de grandes tormentas. Sin embargo, todos los hijos de Dios llegan al cielo a salvo, aunque sea en circunstancias tan diferentes. ¡Qué privilegio es para un hijo del Dios que se le permita decir algo en su lecho de muerte! No, debo decir: que se le permita mencionar algo, y eso a través de la fe. Entonces algo emana de ello. Pero ten en cuenta que ese no es el factor decisivo para la eternidad. Muchas veces, nos preguntamos unos a otros cuáles fueron las últimas palabras de una persona. Pero seguramente eso no es lo más importante. Lo que más importa es si Dios ha hablado de manera salvífica en mi vida. De eso se trata todo. Pero es, sin duda, un gran privilegio cuando a un hijo de Dios se le permite mencionar algo en su lecho de muerte, a través de la fe. Entonces el Señor recibe la honra. Eso glorifica a Dios. Hay personas mundanas a quienes ya nada les sorprende, pero cuando se encuentran ante el lecho de muerte de un hijo de Dios, a quien se le permite hablar a través de la fe, entonces sí emana poder de eso. He visto incluso a las almas más indiferentes y endurecidas llorar al alejarse de un lecho de muerte así. ¡El Señor es tan glorificado en ello!

‘Por la fe, José, al morir, hizo mención del éxodo de los hijos de Israel’. Una cosa debe quedar clara: la muerte de José no determinó su vida. Si no hubiéramos leído acerca de su muerte en Génesis 50, ¿habrían dudado de que José fue al cielo? ¡Seguramente no! Por eso decimos con la mayor seriedad: tal como vivan, así morirán. De verdad. Jóvenes, nunca se dejen engañar pensando que las cosas podrían cambiar cuando envejeczan o cuando se enfermen. Que entonces buscarán al Señor. De ninguna manera. Busquen al Señor en sus días de salud. Así como viven, así morirán. Lo he visto muchas veces. Pensamos en personas indiferentes (que tal vez asistían a la iglesia con regularidad, pero seguían siendo indiferentes) yaciendo en sus lechos de muerte. A veces pensé que tal vez habría algo de angustia en sus rostros ante la muerte, pero no. Tal como vivieron, así murieron. Vivieron con

indiferencia; murieron con indiferencia. Eso se ve con frecuencia. Pero lo que también es cierto es esto: aquellos que vivieron cerca del Señor, murieron cerca del Señor. José muere tal como ha vivido. Quizás se pregunten cómo vivió realmente José. José vivió por amor. ¡Cuánto amor tenía! Amor por su Dios, amor por su padre y amor por sus hermanos. Así es también como muere. Vivió por la fe. Se sostuvo como viendo al Invisible. También muere por la fe. Vivió por la esperanza. Durante veintidós años tuvo la esperanza de volver a ver a su padre. Y tal como vivió, así muere: a través de la esperanza.

Antes de continuar, vamos a cantar el Salterio 55:2,3.

Mientras yacía moribundo, habló, por fe, de la partida de los hijos de Israel. Escuchen lo que leemos en Génesis 50:24 – *‘Y José dijo a sus hermanos: Yo muero’*. ¡Eso también es un privilegio: atreverse a decir que vas a morir! Muchas personas, incluso hijos de Dios, dicen hasta el último día que tal vez aún se recuperen. Pero José dice que va a morir. ¡Eso también es fe! José, sin embargo, dice aún más, *“Mas Dios ciertamente os visitará y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob”*. ¿Es eso tan extraordinario? ¿Debe el apóstol poner eso al mismo nivel que, por ejemplo, la caída de los muros de Jericó? ¡Sí! ¡Eso es extraordinario! ¿Por qué? Porque demuestra que José permaneció un hebreo durante todos esos ochenta años en que sirvió como virrey en Egipto. Que su patria estaba en Canaán, la tierra que el Señor había prometido. Ahora que José yace en su lecho de muerte, revela su anhelo por Canaán, la tierra del descanso. Con esto, José no se refería únicamente a la Canaán terrenal. El apóstol ha dicho al respecto que Abraham, *‘por la fe, habitó en la tierra prometida como en tierra ajena’*. Abraham buscaba una *‘ciudad con fundamentos, de la cual Dios es el artífice y constructor’*. Esa Canaán terrenal sirvió como garantía, señal y sello para aquellos patriarcas de la herencia que el Señor prepararía para Su pueblo. Por eso amaban a Canaán, porque creían que era la tierra donde el Señor algún día cumpliría la promesa hecha en el paraíso. Esa Canaán era la tierra donde el Salvador prometido pondría algún día Sus pies santos. Esa tierra era una imagen y una garantía de la herencia que espera a los hijos de Dios – *‘incorruptible, e incontaminada, e inmarcitable’*. 1 Pedro 1:4. José anunció la partida de los hijos de Israel. Llamó a

sus hermanos y les dijo, “Hermanos, escúchenme. Yo no viviré para verlo; estoy muriendo. Pero ustedes pronto regresarán a casa. No permanecerán en Egipto para siempre. Se acerca el día, queridos hermanos, en que el Señor los traerá a ustedes, o a sus descendientes, no puedo decir cuál de las dos cosas, pero Él traerá a nuestro pueblo de regreso a la tierra que prometió darnos”. Era la promesa que Jacob recibió en Beerseba - *‘Y ciertamente Yo también te haré subir’*. Génesis 46:4.

Cuando Jacob ya era muy anciano, una vez llamó a José y le dijo, *“He aquí, yo muero, mas Dios estará con vosotros y os hará volver a la tierra de vuestros padres”*. Génesis 48:21. Bueno, por ahora no había señales de eso. Los descendientes de Jacob vivían en Gosén y, en general, la mayoría se sentía como en casa allí. Aún no eran perseguidos, ni oprimidos. ¡Después de todo, allí se estaba mucho mejor que en Canaán! Pero ahora resulta que José había permanecido un peregrino y un extranjero todos esos años. En su corazón yace un anhelo por ese Canaán, que es una promesa de redención. Y ahora se hace eco de las palabras de su padre, por así decirlo – *‘He aquí, yo muero, mas Dios estará con vosotros y os hará volver a la tierra de vuestros padres’*. Así, mientras yacía moribundo, José profetizó la partida de los hijos de Israel, y añadió la palabra ‘ciertamente’. Sí, incluso lo dijo dos veces, como leemos al final de Génesis 50 – *‘Dios ciertamente os visitará’*. Ahora bien, la fe es la sustancia de lo que se espera, la demostración de lo que no se ve. Por lo tanto, José habló por fe. Pero había más.

TERCER PENSAMIENTO

‘Y dio mandamiento acerca de sus huesos’. ¿Qué significa que José, en su lecho de muerte, especificara dónde quería ser enterrado? ¿Es tan notable que deba mencionarse en la galería de los héroes de la fe? ¡Oh, por supuesto! En primer lugar, su tumba estaba, por así decirlo, ya preparada en Egipto. ¡Las magníficas tumbas de los egipcios! Allí los faraones eran embalsamados y depositados para descansar. Eran enterrados con su comida, su plata y su oro. Ese también podría haber sido el deseo de José: tener un funeral real egipcio. Sin duda lo habría recibido. Pero, por medio de la fe, José dio una orden en su lecho de muerte respecto a sus restos. Hizo que sus hermanos le prometieran que nunca lo enterrarían en Egipto. Incluso en la muerte, tenía que estar con el pueblo de Dios. Eso es lo que es la fe. José quería vivir con ese pueblo, pero experimentó muy poco de eso. Por ochenta años tuvo

que servir al plan de Dios en Egipto. José tuvo poca comunión con el pueblo de Dios durante su vida. Los últimos años fueron los mejores, cuando su padre aún vivía. Pero a lo largo de su vida, José se sintió muy solo. Sin embargo, al morir, quería estar con el pueblo de Dios. Al igual que Rut, quien deseaba ser enterrada donde fuera enterrada Noemí. Aquí, en el corazón de José, vive algo del credo de los Apóstoles: 'Creo en la resurrección de la carne'. Pronto, cuando el arcángel haga sonar su llamada, José no quiere estar en una pirámide egipcia, sino que prefiere estar en la tierra de sus padres. Quiere estar allí, entre el pueblo que teme a Dios. Ha dado instrucciones con respecto a sus restos. Esto ya es bastante notable: que quiera ser enterrado junto a ese sencillo pueblo de Dios. No quiere un lujoso funeral egipcio.

Pero lo más notable aún está por venir. José les dice a sus hermanos que solo pueden colocarlo en un ataúd. Ese ataúd debe permanecer sobre la tierra, y ellos lo juraron. Por lo tanto, José no quería en absoluto dos cosas: no quería ser enterrado en Egipto, pero tampoco quería ser enterrado en Canaán inmediatamente después de su muerte. ¿No es eso fe por parte de José? ¿Por qué es esa una fe tan grande? José aprendió una cosa en su vida: esperar el tiempo de Dios. Ahora tampoco quiere organizar su propio funeral, sino que quiere esperar el tiempo de Dios. Esperar hasta que Dios cumpla Su promesa y guíe a las tribus de Jacob a través del desierto hacia la tierra prometida. Entonces José debe ser llevado allí, y deben enterrarlo en su lugar de sepultura. ¿Dónde está ese lugar de sepultura, entonces? José lo sabe muy bien. ¡Está en Siquem! Justo antes de morir, el anciano Jacob dijo que había adquirido un terreno para José en Siquem, donde se le permitiría ser enterrado. Allí también hay un altar con unas pocas palabras grabadas. El mismo Jacob escribió esas palabras en él – 'El Dios de Israel es Dios'. Génesis 33:20. Y ahora, José dice que su tumba ya está preparada. Ahora solo tendrán que esperar, porque tal vez tampoco vivan para verla, y deben decirles a sus hijos, nietos y bisnietos que esperen junto a su ataúd. Este debe permanecer sobre la tierra, tal vez durante años, pero Dios lo hará, Dios sin duda lo hará. "Hermanos", les dice, "en los años venideros, volverán a casa, y entonces deberán llevarme con ustedes. Entonces deberán enterrarme en Siquem, junto a ese altar. Entonces se cumplirá lo que está escrito en ese altar: El Dios de Israel es Dios".

¿Sientes que, después de todo, era la fe en la vida de José? ¿Que el apóstol no se equivocó, después de todo, al extraer este pasaje de la vida de José? *‘Por la fe José, al morir, hizo mención del éxodo de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos’*. Ah, aquí se expresa de manera tan impactante – *‘dio mandamiento acerca de sus huesos’*. Ni siquiera *‘acerca de su cuerpo’*. José sabe muy bien lo que quedará de su cuerpo. En Génesis 50, leemos que les dijo a sus hermanos, *“Y haréis subir de aquí mis huesos”*. No quedaba mucho de un cuerpo embalsamado: poco más que los huesos. Pero tampoco quedará mucho más de nosotros que solo huesos y, al final, solo un poco de polvo. ¡Sin embargo, la Iglesia de Dios cree en la resurrección de la carne!

Entonces José murió. Lo embalsamaron y lo colocaron en un sencillo ataúd. Así es como termina. Ahí es donde ese ataúd permaneció durante muchos, muchos años, tal como estaba, sobre la tierra en Egipto. ¿Saben cuándo ese ataúd ganó valor? Cuando el pueblo fue oprimido. Ahora también entenderemos la instrucción de José respecto a sus huesos y su ataúd. Él sabía que serían oprimidos en Egipto. El Señor ya se lo había dicho a Abraham en Génesis 15. Y cuando fueron oprimidos, y cuando llegó al poder un faraón que nunca había conocido a José, cuando tuvieron que trabajar en los hornos de ladrillos, esforzándose como esclavos; cuando los niños varones tenían que ser arrojados al río Nilo; cuando el pueblo estaba tan oprimido que estaba en peligro de morir y perecer; entonces, a veces, había un padre que le decía a su hijo, *“Ven conmigo; quiero mostrarte algo”*. Entonces se dirigían al ataúd de José. *“Hijo mío, estamos pasando por tiempos difíciles, sí, tiempos muy difíciles, y estamos en peligro de perecer. Pero mira ese ataúd. José yace allí. José dijo en su lecho de muerte que sin duda se nos permitirá regresar a casa. ¿Cuándo? No lo sé. Será en el tiempo de Dios. Y ahora ese ataúd se quedará aquí, y las cosas se nos pondrán aún más difíciles, pero este ataúd nos acompañará más adelante, como señal y sello de que Israel será liberado”*. Salmo 130:7-8 – *‘Espere Israel a Jehová, porque en Jehová hay misericordia, y abundante redención en Él. Y Él redimirá a Israel de todos sus pecados’*.

Así, el ataúd de José era (casi podría decir) un sacramento para aquel pueblo oprimido. Esos huesos de José eran una señal, un sello y una promesa de la liberación venidera. Incluso en su ataúd, José seguía siendo un tipo de Cristo.

¡Qué gran consuelo hay para el pueblo de Dios en el cuerpo sin vida de su Salvador! Desde ese cuerpo quebrantado, desde esa sangre derramada, este mensaje llega a un pueblo pobre y oprimido – ‘La redención vendrá; Su bondad es muy grande’. Así, a lo largo de todos esos años de opresión, sufrimiento y dolor, el pueblo oprimido encontró consuelo en el ataúd de José, que permanecía allí como señal y sello de la verdad de la promesa de Dios. Y luego, en aquella noche de terror, cuando Moisés tenía ochenta años, cuando el ángel de la muerte pasó por Egipto y mató a todos los primogénitos, cuando comieron la Pascua, leemos en Éxodo 13:19 lo último que hizo Moisés antes de que cruzaran el Mar Rojo – *‘Tomó también consigo Moisés los huesos de José, quien había juramentado solemnemente a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará, y haréis subir mis huesos de aquí con vosotros’*. En Josué 24, leemos que José fue sepultado cerca de Siquem. Y así yace allí el polvo de José, esperando la venida del José Mayor, Quien también estuvo muerto y sepultado, ¡pero Quien ahora vive por toda la eternidad! Amén.